El arponero herido por el tiempo

de
Eva Hibernia

(fragmento)

REPARTO:
EL ARPONERO
SU MUJER, MARI
SU HIJA, SILVIA -también llamada Ilia-

Escena I.

SILVIA
Ven a mí: y si es la noche y no hay
luz en tu candil, no te inquietes,
no gimas porque el deseo
ha muerto sin encontrarse.
Con los ojos cerrados ven a mí,
y pon la túnica que tintaste de albayalde
sobre tus hombros.
Esto rezan los patriarcas y los menos viejos,
nos bendicen los cantos dolorosos.

En la tierra donde nacimos nadie mata
sin haber muerto un poco.
Mi padre, cuando niño, vio a su padre
ahogarse en el reflujo del río,
ancho y arrocado,
que parte la tierra en que nacimos
como la orilla del bien y el mal
del rico y el pobre.
Mi padre vio morir a su padre, cuando niño,
Y a los años, de mozo, se hizo Arponero;
y ha esquilmado el mar
con convicción
sin ninguna lágrima.
En casa comemos lo que mi padre trae herido.
Mi madre lo limpia:
primero abre las frías tripas
escama la piel
y limpia la sangre.
Mi padre sale a cazar y cuando acaba el mes
le dan su salario.
Yo nunca he matado nada
nunca icé el brazo, sostuve el arpón
tensé el cuerpo, ni arrojé con furia
con furia precisa.
Nunca fui a la casa del comercio
donde las monedas.
Mi padre nos alimenta con su muerte.
Desde que le cortaron el pelo al rape, por los piojos,
sólo para ver cómo su padre se ahogaba
pidiendo socorro
y él con la cabeza rapada, pobre pardal,

verás morir a tu padre con el cuerpo limpio de tus antepasados,
desde entonces,
mi padre nos alimenta con su muerte.
Un día fuimos a la ciudad
porque yo tenía una caries.
Mi madre tiene varias caries
pero nunca ha ido a la ciudad por eso.
Ni esta vez.
Sólo fuimos él y yo. Cogimos el tren de la madrugada
y pagó mi diente enfermo
con su salario.
Eran mi diente y su dinero.
Nunca le dio importancia.
Me invitó a desayunar el chocolate que me gustaba tanto
Mientras oímos hablar voces sin acento alrededor de nuestra mesa.
Alguien soñó con el mar como cosa hermosa.
Decía, yo amo.
Mi padre en nuestro acento dijo,
llenos de vacío la voz y los ojos,
no hay nada que amar en una vida llena de crueldad.
Y me llevó a casa.

Mi madre reza para que a mi padre no le coja la galerna.
Se miran desde la distancia de tantas ausencias,
de tanto tiempo rezado, devuelto de la ventana.
Yo sé que no se aman.
No hay nada que amar en una vida llena de crueldad.
Él dispone nuestras vidas, nuestras bocas de hambre,
y ella
limpia lo que el Arponero trae herido
aunque no llore.
Primero le abre las tripas frías
Luego le escama la piel
Y le limpia la sangre.

Antes de llegar al pueblo me encuentro con el cable de alta tensión
que parte el cielo bajo de la tierra donde nacimos
donde para matar hay que morir un poco antes.
No poseo nada
salvo mis dientes enfermos.
De pequeña yo también rezaba.
Rezaba por el cable de alta tensión.

(...)